

Sumario:

Desde una Teología de la Comunión, de la Misión y del Testimonio, el autor presenta algunos elementos para una lectura teológico-pastoral del camino recorrido para llegar al CAM2-COMLA7. Destaca especialmente la sencillez de sus inicios y la riqueza de la diversidad; el “estado de misión” que vivió la Iglesia que peregrina en Centro América estos años de preparación, desde su pequeñez, pobreza y martirio; el impulso que le dio el Año Santo Misionero a la Nueva Evangelización; y la gran peregrinación con las imágenes del Santo Cristo Negro de Esquipulas y de la Virgen Morena de Guadalupe, como imagen de un pueblo en camino. El libro de los Hechos de los Apóstoles fue el texto inspirador del Congreso, ya que representaba un intenso movimiento misionero, una presencia permanente del Espíritu Santo y una animación de pequeñas comunidades cristianas.

El lema del Congreso “Iglesia en América, tu vida es misión” resonó como un eco de la Asamblea Especial del Sínodo de América y de la Novo Milenio Ineunte, que invitan a navegar en aguas profundas.

El camino
del CAM2 – COMLA7
Elementos para una
lectura
Teológico-Pastoral

Pbro. Víctor Manuel Ruano Pineda
Vice-Rector Académico del ITEPAL.

Introducción

El CAM2-COMLA7, fue un verdadero “*Cenáculo misionero continental*”, como lo definió Juan Pablo II en su mensaje a los congresistas (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 1). Fue además, el punto de llegada de un proceso pastoral marcado por “*la comunión y la participación*”, a todos los niveles de la Iglesia en la región centroamericana.

Los organizadores desde el inicio fueron claros en afirmar que no querían la realización de un evento meramente puntual que se concentrara únicamente en los días de la celebración, como una multitudinaria fiesta, sino que marcara un itinerario gradual y sistemático en la línea de un verdadero proceso evangelizador y misionero de una Iglesia que está en marcha desde hace más de 500 años y se disponía a redescubrir con nuevos acentos la identidad de su naturaleza misionera.

Ello implicó una búsqueda, en comunión eclesial, del camino que se deseaba recorrer en la fase preparatoria, que fuera tan importante como la celebración misma, pero sobre todo, que fuera el despliegue dinámico y creativo de un proceso pastoral evangelizador que facilitara la experiencia misionera al interior de las comunidades cristianas, con el propósito de redescubrir “*las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano*”, y despertara, a la vez, la conciencia de llevar al mundo entero la Buena Noticia más allá de las fronteras continentales, especialmente a quienes todavía lo desconocen (EAm. n. 74).

En la lectura teológico-pastoral que ofrecemos del Segundo Congreso Misionero Americano, queremos enfatizar algunos

elementos, a manera de claves de lectura, de la fase preparatoria. Se han elegido nueve aspectos que permitan apreciar el camino recorrido, estos son:

1. Desde la sencillez de sus inicios y la riqueza de la diversidad.
2. Toda Centro América, desde su pequeñez, pobreza y martirio, vivió en “estado de misión”.
3. El Año Santo Misionero, un impulso a la nueva Evangelización.
4. La peregrinación, imagen de un pueblo en camino.
5. Desde una teología de la comunión, de la misión y del testimonio se definió la identidad del CAM2-COMLA7.
6. Desde los Hechos de los Apóstoles un gran movimiento misionero.
7. Desde el contexto de la contracultura de la muerte “La misión de Cristo Redentor” apremia.
8. “Iglesia en América, tu vida es misión”, un eco de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos.
9. Un proceso para navegar en aguas profundas.

Estas claves de lectura quieren ser como faros que iluminan el itinerario puesto en marcha por las 53 Iglesias particulares para llegar al Congreso el cual se presentó como un *kairos* para las Iglesias centroamericanas y como un “*signo de la unidad de todos los pueblos del Continente*” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 5).

1. Desde la sencillez de sus inicios y la riqueza de la diversidad

Se inició “*con temor y temblor*”, con incertidumbre y humildad, con ilusión y generosidad. A cada instante nos sentíamos desbordados por la magnitud de la obra y asombrados de las perspectivas que se abrían para las Iglesias centroamericanas. Era un *kairos*, manifestación del paso de Dios generando vida y esperanza por el Istmo para servir a la causa de la misión *ad gentes*

En ningún momento se pretendió, violentando las voluntades, que el Segundo Congreso Misionero Americano, a como diera lugar se celebrara en Guatemala. A pesar que al inicio hubo resistencia en

algunas esferas eclesíásticas para asignarnos la sede, dejamos todo en las manos de Dios, para que, si era su voluntad, el evento se realizara en Guatemala.

Simplemente se ofreció la total disponibilidad para prepararlo, argumentando que el momento era oportuno para la región centroamericana, donde la experiencia martirial de sus mejores hijos e hijas había marcado su historia reciente, así como la serie de conflictos armados internos, con su secuela de muerte y destrucción de un pueblo humilde y trabajador nos había colocado al borde del colapso total; donde los problemas y desafíos a la misión en un mundo globalizado aparecían con más evidencia, como la migración, la exclusión social, el avance de los Nuevos Movimientos Religiosos o sectas; finalmente, era la oportunidad para dar a conocer la riqueza del valioso testimonio cristiano acrisolado ante la adversidad y la persecución.

Estos orígenes sencillos vienen identificados por la pequeña delegación guatemalteca presente en la sede del COMLA6-CAM1, asombrada y admirada por la magnitud del Congreso Misionero en el que sus miembros participaban por primera vez. Todas las fuerzas vivas e instancias eclesiales del Continente se congregaban, como lo venían haciendo cada cuatro años, para continuar impulsando la misión ad gentes, en una hermosa tradición iniciada en México hacía 25 años.

Al mismo tiempo, esa delegación en su sencillez y pequeñez, mostraba la diversidad cultural de Guatemala y la riqueza de carismas de la Iglesia. La integraban siete miembros: dos mujeres, laicas e indígenas Mayas-Quiché; cuatro presbíteros, de los cuales dos eran de origen guatemalteco, en representación de la cultura ladina e indígena, y los otros dos, llegados de países lejanos y comprometidos con la misión ad gentes, y finalmente, un obispo, al servicio, en ese momento, de una de las diócesis más pobres de Guatemala y seriamente comprometido en la tarea de una evangelización inculturada y en la reconstrucción de la diócesis.

Hay en todo esto, según mi particular punto de vista, una primera clave de lectura que responde a la realidad socio-eclesial de la nueva



sede del Congreso y que luego, en todo el proceso preparatorio, tuvo su incidencia.

Ser conscientes de nuestra pequeñez nos condujo a optimizar los recursos humanos y materiales con que disponíamos, a mantenernos lejos de los gastos superfluos, de la ostentación y del lujo y a involucrar a todos cuantos pudieran insertarse en el proceso preparatorio, tanto de Centro América como fuera de sus fronteras.

Eso explica la apertura de espacios para que el CELAM, a través del antiguo DEMIS tuviera una activa participación, pero sobre todo, que el Congreso dejara de ser monopolio exclusivo de las Obras Misionales Pontificias y se abriera a las diversas instancias de la Iglesia particular, desde el obispo hasta los movimientos laicales pasando por el vicario de pastoral.

Es desde esa perspectiva que se explica la Consulta continental que llevamos a cabo para definir el Plan de Trabajo, en el que se presentó el perfil del Congreso que se quería celebrar, sus objetivos y temática; se trazó además, el itinerario a seguir y el contexto socio-ecclesial centroamericano. Así también, el deseo y el interés, de involucrar, en las decisiones más importantes a todos los responsables de la pastoral misionera de Centro América.

Esa diversidad cultural y ministerial fue una de las características dominantes en todo el camino preparatorio, que se puso de manifiesto en la amplia participación de los laicos y sus diversos movimientos y asociaciones, en la activa participación de directores diocesanos y nacionales de misiones, de vicarios pastorales, de institutos, congregaciones y ordenes misioneras.

El Congreso desde el primer momento se propuso integrar la rica diversidad de los rostros humanos que forman la gran familia centroamericana. En ese sentido se apuntó a *“un congreso inculturado”* que permitiera la expresión del *“rostro indígena, negro, campesino, de los sectores marginados de todo el Pueblo de Dios”*. Además el Congreso, tendría que ser el *“espacio apropiado para lograr un dialogo más fecundo que anime decididamente la inculturación del Evangelio en vistas a la misión”*.



En la clave de esa sencillez de los orígenes situamos la visita que la delegación guatemalteca hizo al Santuario Nuestra Señora de Luján para invocar su intercesión y para firmar a sus pies, el primer comunicado, con el que se informaban al pueblo católico de Guatemala la buena noticia de ser sede de un Congreso Misionero.

En ese primer pronunciamiento aparecen temas como el del martirio; la participación de los laicos, indígenas y campesinos, en la tarea misionera de la Iglesia; la problemática migratoria. Se hablaba de la necesidad de poner en marcha un proyecto evangelizador con una amplia participación de todos los agentes pastorales y las diversas instancias eclesiales al servicio de la misión ad gentes. Finalmente, se hablaba de la imperiosa necesidad de anunciar el Evangelio de la vida.

Todos estos fueron temas y realidades muy presentes a lo largo del camino preparatorio, en diversos encuentros de estudio y coordinación. Algunos de ellos cobraron mucha fuerza como el del martirio, el anuncio del Evangelio de la Vida y la amplia participación de todos, incluso aún hoy siguen resonando en el corazón de muchos agentes pastorales, laicos, consagrados y ordenados.

2. Toda Centroamérica, desde su pequeñez, pobreza y martirio, vivió en “estado de misión”

Los periodistas que cubrieron el Congreso Misionero de Paraná, Argentina, captaron inmediatamente y muy bien el contenido central del breve y sustancioso mensaje de Mons. Julio Cabrera, al agradecer la designación y manifestar el compromiso de hacer bien las cosas para preparar el siguiente Congreso misionero.

Así informaba uno de esos periodistas *“Si bien Guatemala asume la sede, es Centro América toda la que se compromete en la tarea preparatoria”*, dijo el obispo de Quiché, Mons. Julio Cabrera Ovalle, al agradecer la designación, luego añadió *“trabajaremos desde la pequeñez, la pobreza y el martirio”* para señalar posteriormente que *“Centroamérica es el puente que une el Norte y el Sur en esta tarea misionera y en tantas otras”*.

Estas palabras fueron un faro iluminador durante el camino del CAM2, tuvieron la fuerza y el dinamismo de un discurso programático. Mons. Cabrera planteaba aquí tres tareas que estábamos dispuestos a realizar:

Primero, preparar el congreso era un compromiso que asumía América Central; segundo, trabajar desde la pequeñez, pobreza y martirio; y tercer, hacer de Centro América un espacio para la comunión. En efecto, estas tres responsabilidades se cumplieron satisfactoriamente.

2.1. Centro América se comprometió

Toda Centro América se involucró. Las 53 jurisdicciones eclesísticas se integraron con imaginación y creatividad a la realización del proyecto del Congreso. En cada uno de los países se hicieron reuniones y encuentros muy importantes que fueron marcando hitos significativos en la fase preparatoria. Quizá lo más sobresaliente estuvo en la capacidad de trabajo en conjunto, con objetivos y criterios comunes; hubo además, un espíritu auténtico de “comunión y participación”, de corresponsabilidad eclesial que hizo agradable y fecundo todo el trabajo.

Durante estos cuatro años, desempolvamos una de las notas que define la identidad de la Iglesia: ser misionera. Esta dimensión había sido como la cenicienta por largos años en la historia de nuestras Iglesias particulares, no obstante haber nacido de uno de los despliegues misioneros más importantes llevados a cabo en el siglo XVI y haber sido, sobre todo, objetos de la acción misionera de numerosas Iglesias de Europa, Canadá y USA

En el Mensaje al Pueblo de Dios, “No Podemos Callar lo que hemos Visto y Oído”, se afirma con gran acierto: *“Por primera vez en la historia del “continente de la esperanza”, la preparación de este acontecimiento fue asumida por un grupo de países. En ella, en efecto, se involucraron todas las Iglesias particulares del Istmo- con el acompañamiento del Secretariado Episcopal de América Central (SEDAC)- encabezadas por sus obispos y vicarios de pastoral y animadas por las Obras Misionales Pontificias”.*

2.2. Trabajamos desde la pequeñez, la pobreza y el martirio

La idea-fuerza que inspiró todo el proyecto del Congreso, desde Paraná, Argentina, hasta la “Villa Misionera” en Guatemala fue: “*Trabajaremos desde la pequeñez, la pobreza y el martirio*”. Desde esa triple dimensión trabajamos con entrega e ilusión, con tesón y esperanza.

El Pueblo de Dios inmediatamente se identificó con ese trípode que le daba fundamento a la tarea misionera y evangelizadora de la Iglesia. Los agentes pastorales, desde las diversas instancias eclesiales, captaron el dinamismo de esas categorías, que no solamente definían nuestra identidad social y eclesial sino estaban dando ya un aporte significativo a la visión teológico-pastoral-espiritual de la tarea misionera de la Iglesia en los comienzos del siglo XXI.

Nadie pone en duda la enorme carga teológica, pastoral y espiritual que se encierra en esas tres categorías netamente evangélicas de pobreza, pequeñez y martirio. Esta nueva visión en la manera de entender la misión hoy, los obispos centroamericanos lo expresaron, al ofrecer los fundamentos del Plan de Misión Ad Gentes desde Centroamérica, con estos criterios: *“Somos conscientes que el Señor Jesús nos sigue urgiendo a comprometernos en la misión Ad Gentes. Por tal razón, deseamos que nuestra propuesta misionera tenga como fundamento una sólida teología de la misión, una acción pastoral encarnada que suscite la transformación de la realidad y una fuerte espiritualidad que le dé sentido y unidad al trabajo misionero. Sólo una praxis transformadora que nos conduzca a trabajar por el reino, una mística profética y evangélica que permita enfrentar los desafíos de la misión hoy y una reflexión teológica abierta a los “signos de los tiempos”, lograrán proyectar un servicio misionero al estilo de Jesús y de las comunidades cristianas de “la primera hora”.*

18

De modo que hoy, en el contexto de una civilización planetaria y globalizada, la misión ad gentes, si no es proyectada y realizada desde la pequeñez, la pobreza y el martirio, carecería de sentido y de eficacia, simplemente por no integrar la esencia del evangelio y el estilo misionero de Jesús. “*Cristo realizó su misión, dice el Mensaje al Pueblo de Dios, en la pobreza, en el desprendimiento y en la*

persecución". Se es misionero desde lo pequeño, desde la pobreza y desde la entrega de la propia vida hasta el martirio.

a. *Desde la pequeñez*

El Mensaje al Pueblo de Dios, recogió de un modo magistral esta idea-fuerza al reconocer que el "*Congreso se realizó **desde la pequeñez** de esta región de Centro América, que significa poco para las naciones poderosas del mundo*". La experiencia de "pequeño rebaño" que hemos vivido, dice el Mensaje, "*nos ha dado una nueva y más profunda comprensión de la parábola del grano de mostaza*". Es la pequeñez que se plantea en el Magnificat, "*al exaltar la acción de Dios en los pobres*". Es la pequeñez "*que resplandece en la edificante vida del Santo Hermano Pedro de San José de Betancur y San Juan Diego*". (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 2).

b. *Desde la pobreza*

El Congreso también fue "*preparado **desde la pobreza** que golpea cruelmente a los pueblos centroamericanos*", anota con evidente firmeza el Mensaje al Pueblo de Dios. Esto, en vez de ser un obstáculo ha sido una inestimable riqueza porque nos hizo "*más sensibles al misterio que Dios nos reveló en su hijo Jesucristo, "el primero y el más grande evangelizador", que "siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza"*" (2, Cor 8, 9).

Sigue siendo válido y actual aquel desafío, que hace 25 años plantearon los obispos en Puebla "dar desde nuestra pobreza" (n. 368) "*Nuestros pueblos son pobres en bienes materiales, pero tienen la riqueza inmensa de la fe. Podemos, entonces, decir que son ricos porque **la falta de fe es la más grande de las pobreza**s*" (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 2).

c. *Desde el martirio*

La realidad martirial estuvo intensamente presente en todo el camino preparatorio del Congreso así como en la celebración. Asumiendo el gesto de Juan Pablo II, también nosotros nos hemos postrado "*con reverencia ante el sacrificio de estos humildes y valientes*

trabajadores de la viña del Señor (...) a los cuales ha sido dado no sólo creer en el Evangelio y proclamarlo, sino que han llegado a derramar su sangre en el servicio de la Palabra de Vida". (Carta a los obispos de Guatemala, 02.12.84) (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 2).

Nadie podrá negar que estas tres categorías estuvieron presentes con mucha claridad desde el inicio del proceso del CAM2, en la celebración y en la fase que hoy vivimos. Son realidades que han entrado con carta de ciudadanía en la tarea misionera de la Iglesia para comprender, a esa luz y sus dinamismos, lo que hoy es la misión ad gentes y sus exigencias, sobre todo, cuando esta se asume desde la periferia de los excluidos de un mundo globalizado.

Contra la lógica del mundo, hemos hecho de nuestra pobreza una riqueza, de nuestra pequeñez una grandeza y de nuestra fragilidad una fortaleza para generar vida. Esta es la paradoja que fundamenta la misión ad gentes.

2.3. Desde el corazón de América, un espacio para la comunión

Volviendo a las palabras de Mons. Cabrera, seguimos desarrollando esta clave de lectura, cuando afirmó: *"Centroamérica es el puente que une el Norte y el Sur en esta tarea misionera y en tantas otras"*. El reto que los Congresos misioneros pasaran de ser latinoamericanos a continentales fue asumido cuando ya el proceso preparatorio del COMLA6 había iniciado. Como todos saben, esta fue una iniciativa muy interesante que cobró mucha fuerza a partir de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos de América, celebrada en 1997. Argentina nos convocó a participar en el COMLA6-CAM1.

A Centro América se le planteaba el reto de no perder la tradición latinoamericana de estos eventos y al mismo tiempo darle un rostro continental, por eso fue que, desde el corazón del continente se convocó a celebrar el CAM2-COMLA7. Centro América quería ser el punto de encuentro entre el Norte y el Sur en la *"tarea misionera y en tantas otras"*.

Fue impresionante la inmediata y pronta disponibilidad de la Iglesia de Canadá y mucho más tarde la Iglesia de Estados Unidos, para que el Congreso fuera continental, no sólo en los días de la celebración ni por el aporte económico que pudiera ofrecer sino a lo largo de todo el proceso y con el afán que toda la Iglesia en América descubriera que en la misión ad gentes está su vida.

Ese “*espíritu solidario*” que Juan Pablo II, quería impulsar al celebrar una Asamblea Especial del Sínodo de América, creo que lo experimentamos a lo largo del camino y se hizo más expresivo en los días de la celebración del Congreso. Nuestra común “*identidad cristiana*” se fortaleció, así como “*los lazos de solidaridad y comunión entre las diversas expresiones del rico patrimonio cultural del Continente*” (EAm. 5).

Toda Centro América se comprometió, desde el dinamismo de su pequeñez, desde la riqueza de su fe y desde la fuerza de su realidad martirial a vivir una intensa actividad misionera y evangelizadora como muy pocas veces en su historia. Toda Centro América se abrió a una intensa y fecunda experiencia de comunión eclesial.

Mientras sus regímenes militares muchas veces la habían puesto en “estado de sitio”, para generar violencia y muerte; esta vez la fuerza del evangelio de la vida la puso en “estado de misión” para generar la cultura de la vida y la paz. Solo a manera de ejemplo, durante el Año Santo Misionero, la Arquidiócesis de Managua, Nicaragua, envió a 15 mil misioneros y la diócesis de Jalapa, Guatemala, a cerca de 7 mil.

3. El año misionero, un impulso a la Nueva Evangelización

Ese Año Misionero, fue una de las experiencias más fecundas que vivieron las comunidades cristianas. Ese punto merece un capítulo aparte, sin embargo, vale la pena resaltar, que suscitó una serie de iniciativas evangelizadoras y misioneras “ad intra e ad extra” con una activa participación de los laicos.

Tuvo como objetivo *“Fortalecer la vida de las Iglesias particulares de América Central para que testimoniando las riquezas de su patrimonio cristiano y cultural impulsen la evangelización dentro y más allá de sus fronteras”*.

El Plan de Trabajo del Año Santo Misionero que se diseñó durante el camino, y luego, se realizó en la mayoría de las diócesis, se definía el Año Santo Misionero como un tiempo de preparación de todo el Pueblo de Dios; las Iglesias particulares, en efecto, entraron como en un gran adviento para recibir el don del Congreso Misionero.

Ese año Misionero fue un tiempo de gracia que evidenció la eficacia que tiene el evangelio en nuestros días para transformar a la persona y a la sociedad; una oportunidad para compartir la riqueza del Evangelio de la vida a nivel de diócesis, parroquias, comunidades, grupos apostólicos, familias, laicos y laicas; un periodo de siembra según el espíritu y la dinámica de las primeras comunidades cristianas, de modo que podamos seguir escribiendo el libro de los Hechos de los Apóstoles en las Iglesias de América Central.

Por otro lado, también se quería que el Año Santo fuera la oportunidad para impulsar el logro de las metas y objetivos pastorales que las Conferencias Episcopales y las diócesis se habían trazado en sus planes globales de pastoral. Entrar en la dinámica del Año Santo, como preparación para el Congreso no significaba abandonar las prioridades pastorales de cada Iglesia particular, al contrario resultaron potenciadas. Se quiso además que se viviera al ritmo del Año Litúrgico de modo que emergiera con fuerza la naturaleza misionera de la Iglesia, puesto que ella tiene su origen en la Misión del Hijo y la misión del Espíritu según el plan de Dios Padre (Cfr. AG, 2).

Finalmente el Año Santo Misionero quiso propiciar experiencias diversas de solidaridad y de comunión entre nuestros pueblos para luchar contra el subdesarrollo, le extrema pobreza y la exclusión, inspirándose en el testimonio de los mártires y en los valores que caracterizan a nuestras comunidades; buscó además, fortalecer la comunión en la misión evangelizadora de la Iglesia desde una activa participación de los laicos.



Pienso que hasta el momento, muy poco hemos reflexionado sobre el significado teológico y las consecuencias pastorales suscitadas por el año misionero.

4. La peregrinación, imagen de un pueblo en camino

El “estado de misión” en el que estaba toda Centro América se evidenció también en la gran peregrinación de las imágenes del Santo Cristo Negro de Esquipulas, expresión del rostro misericordioso de Dios y de la Virgen Morena de Guadalupe, signo de “*esperanza segura*” para el Pueblo de Dios, que durante un año recorrió la mayoría de las diócesis del Istmo. El paso de esas imágenes tan queridas y amadas por los pueblos centroamericanos reavivaron el carácter itinerante del Pueblo de Dios y recordaron el dinamismo de la misión.

Dos frases del Evangelio citadas por Juan Pablo II en la Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*: “*Queremos ver a Jesús*” (Jn 12, 21) y, “*Hemos visto al Señor*” (Jn 20, 26), expresan el significado espiritual y teológico de esa peregrinación que movió y conmovió a miles de feligreses durante su largo recorrido, desde la parroquia Cañas Gordas, Panamá hasta la “villa Misionera”, Guatemala.

La primera nos recuerda a los dos griegos, paganos, llevados por Felipe y Andrés hasta Jesús. Esta frase expresa, según el P. Juan María Piú, “*el anhelo de todo ser humano de encontrarse con Dios, quien se ha hecho presente en Jesucristo, imagen invisible del Dios invisible y ha desvelado el misterio de amor hasta la entrega total*”.

La contemplación del Hijo de Dios, hecho Hombre por obra del Espíritu Santo en el Seno de la Virgen María, fundamenta nuestra fe, alienta nuestra esperanza y enciende nuestro amor a la misión. Las imágenes del Crucificado y de la Virgen Morena nos recuerdan el gran misterio de la Encarnación y de la Redención. La Virgen de Guadalupe, “*Madre de Aquel por quien se vive*”, actualiza y reaviva ese misterio para todos.

La segunda frase: “*Hemos visto al Señor*”, es el grito jubiloso de los discípulos, testigos del Resucitado, en el mismo día de la



resurrección. Es el grito de todo discípulo y apóstol, quien saca fuerza y estímulo de la contemplación fiel y amorosa del misterio de Cristo, hecho hombre, muerto y resucitado.

La espiritualidad misionera ahonda sus raíces en la contemplación del Cristo, que por nosotros y por nuestra salvación, se ha hecho Hombre, ha muerto y ha resucitado, y se transforma en alternativa posible para tener vida plena.

Los pueblos centroamericanos, desde las situaciones de extrema pobreza y exclusión, de injusticia y opresión, de violencia y muerte que amenazan su derecho a un futuro digno y humano, contemplaron en esa peregrinación el rostro del crucificado, icono de su dura realidad histórica y expresión segura que Él es fuente de vida y liberación para todos los pueblos, preferencialmente los pobres.

En la Virgen Madre de Guadalupe, los hijos e hijas centroamericanos vieron recobradas sus fuerzas para no desmayar en el camino de la vida y mostrarse fuertes y audaces para superar los miedos y temores que amenazan sus frágiles existencias.

La Virgen Morena, dice el P. Juan María Piú, “*en su vestidura de princesa azteca, encinta, es portadora del Dios de la vida*”. El indígena y el campesino pobres, afligidos y sin esperanza por la derrota de sus pueblos, tienen la sabiduría para intuir el plan de Dios: comunicar vida a un pueblo extenuado. “*Cristo es la vida, María lo lleva en su seno y lo da a cada Juan Diego de la historia. Ella se presenta, resplandeciente, adornada con los rayos del sol, luminosa y brillante porque trae al Dios de la vida. El mal y las tinieblas se esfuman frente a la claridad de la luz del amor y el resplandor de la verdad*”.

La peregrinación evocaba la llamada a salir, a ponerse en camino, rompiendo las fronteras que dividen a los pueblos. En expresión de dom Helder Cámara, “*Misión es partir, cambiar, dejarlo todo, salir de sí mismo, quebrar la capa del egoísmo que nos encierra en nuestro yo*”. Esto exige un salto de cualidad espiritual, un nuevo acto de confianza, porque se trata de dejarse seducir fuertemente por la cruz de Jesús, como lo han hecho sacerdotes, religiosas y religiosos, laicos,

hombre y mujeres, asesinados por la fe y el amor a Dios y a estos pueblos centroamericanos.

La opción por Cristo pobre y crucificado es el corazón de la misión. Ese amor es el que impulsa al misionero a ir lejos de su tierra, a buscar a su hermana y hermano para hacerse prójimo y samaritano de cada uno de ellos y ellas. En esta sociedad de muerte y en este momento histórico cuando la vida de tantos hermanos se ve amenazada por las injusticias, el hambre, la opresión, las ideologías extrañas a su fe, la presencia del misionero o de la misionera es signo y testimonio de Jesús el Buen Samaritano que *“se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza”* sobre todo de los marginados y excluidos, de los desterrados y perseguidos de la historia.

Cristo desde la Cruz nos habla de perdón y reconciliación, del gran amor misericordioso del Padre. Sus brazos abiertos *“extendidos entre el cielo y la tierra”* acogen a todos, buenos y malos, víctimas y victimarios, perseguidos y perseguidores. Expresan el gran amor que Dios nos tiene. Jesús nos amó y se entregó por nosotros, antes que nosotros lo conociéramos.

Nuevamente acudo al pensamiento del P. Juan María Più, cuando afirma que *“la Virgen de Guadalupe se presenta como mestiza, síntesis emblemática del nuevo pueblo que ha de nacer de la unión de los dos pueblos. Significativa la inscripción que se lee en una lápida de la plaza de Tlatelolco, alusiva a la lucha entre conquistadores y aztecas: “No fue victoria ni derrota, sino el parto doloroso de un nuevo pueblo”. María, es entonces, la madre de este nuevo pueblo, unido con Cristo y por Cristo, en la fraternidad que brota por el poder del Espíritu en el corazón de cada creyente. María nos invita a la fraternidad, a la reconciliación y al perdón. Las muchas heridas abiertas en los cuerpos adoloridos de nuestros pueblos, se restañarán por el bálsamo del amor fraterno que Dios derrama en los corazones de quienes lo invocan como Padre, unidos a Cristo y bajo el manto maternal de la Guadalupana”*.

Continúa el P. Juan María Più: *“El grito de Jesús en la cruz y el rostro ensombrecido de la Virgen de Guadalupe nos lanzan a la*

misión. Jesús nos invita a mirar más allá de los estrechos límites de nuestra casa, hacia los inmensos horizontes del mundo, donde mucho esperan la luz de la fe y la fuerza del amor. Nos invitan “a pasar a la otra orilla”, donde la mayoría de los humanos no conocerán a Cristo”.

Los pueblos centroamericanos, durante los 360 días que duró la peregrinación, acogieron gozosos y encendidos de esperanza la visita de Dios en Jesús, el primer misionero del Padre y en María, estrella de la nueva evangelización. Ellos caminaron por las calles y caminos de nuestros pueblos y aldeas, ciudades y naciones, anunciando el evangelio del reino de la vida.

5. Desde una teología de la comunión, de la misión y del testimonio se definió la identidad del CAM2-COMLA7

5.1. Comunión

Bajo el modelo de una Iglesia que se define a sí misma como comunidad de comunidades al servicio de la evangelización y fundada en el principio de la “*comunión y participación*”, fue una de las realidades teológicas que inspiró y sostuvo todo el proceso preparatorio.

En el Segundo Encuentro de Vicarios de Pastoral, celebrado en Valle de Ángeles, Honduras, (4-8 febrero del 2002) una de las ideas-fuerza que más se enfatizó para impulsar el trabajo misionero fue la comunión. Ese encuentro concluyó con la publicación de una Carta Fraternal, dirigida a todas las comunidades cristianas de Centro América. En ella se informaba que se había diseñado el Plan para la celebración del Año Santo Misionero.

26

Uno de los motivos que emergieron con fuerza en ese encuentro, para celebrar el Año Misionero, fue asumir el compromiso de “*fortalecer la comunión*”. Se afirmaba que la “*misión hace comunión y la comunión fecunda la misión*”. También se decía que “*no hay Iglesia-Comunión ni hay Misión Evangelizadora sin comunión*”.

Hacia un año se había recibido, de Juan Pablo II, la Carta Apostólica Novo Millenio Ineunte (6 Enero, 2001), en la que, al concluir el Gran Jubileo del Año 2000, se invitaba a *“hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión”* (n. 43) El reto, para remar mar adentro era asumir la comunión *“como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano”*.

Desde que se diseñó el Plan de Trabajo para el Congreso (Agosto 2000) al definir el perfil del CAM2-COMLA7 que se deseaba *“impulsar, preparar y celebrar desde las Iglesias centroamericanas”* se habló de *la comunión*, como la categoría teológica que ayudaría a comprender la naturaleza eclesial del Congreso.

Ese principio de *“la comunión”* exigía preparar un Congreso en sintonía con los anteriores, que por espacio de 25 años, se han venido celebrando; pero sobre todo, se proponía *“crear proceso eclesiales de comunión entre las diversas Iglesias del Continente”*.

Sin lugar a dudas *“la comunión”* fue uno de los principios iluminadores para las Iglesias particulares centroamericanas en los cuatro años de caminar juntos y de soñar con una digna celebración del Congreso que fuera expresión de la conciencia y el compromiso misionero de todo el pueblo de Dios que peregrina en esa región del Continente. Fue además, un tiempo para crecer en la comunión fraternal y en *“el gusto por la misión”* y se logró que las fronteras y las distancias que separan a nuestros pequeños países no fueran obstáculo para realizar los encuentros e ir construyendo juntos el CAM-COMLA que anhelamos.

Quienes se empeñaron con ilusión y creatividad en la preparación del Congreso, experimentaron *“la unidad fundamental que nos da la comunión en la misma fe, en la misma esperanza y en la misma caridad. Superando las fronteras”*. También se enriquecieron *“con el intercambio de experiencias, realizaciones y compromisos en la urgente y gloriosa tarea de anunciar el Evangelio como testigos fieles de Jesucristo”* (Mensaje al Pueblo de Dios, n. 1).

La animación de las Obras Misionales Pontificias en cada país centroamericano para promover la comunión fue importante. Bajo

su dinamismo e iniciativa se integraron en éste gran movimiento misionero obispos, presbíteros, religiosas, religiosos, asociaciones y movimientos eclesiales

5.2. Misión

Desde sus comienzos los congresos misioneros han tenido como finalidad primordial animar la misión ad gentes, por eso el segundo principio teológico que definía la identidad del CAM2-COMLA7 fue la misión.

Se trabajó para que el Congreso se convirtiera en un gran evento de animación misionera capaz de recoger, en el inicio del tercer milenio, los frutos y dinamismos de la primera evangelización y capaz de lanzar con un renovado empeño la revitalización de la misión ad gentes.

Se multiplicaron las jornadas de estudio entre los laicos, entre los presbiterios y entre los obispos sobre la teología de la misión y sus implicaciones pastorales, sobre la espiritualidad de la misión y sus desafíos hoy, sobre el fundamento bíblico y magisterial de la misión.

Cada encuentro de la Comisión centroamericana o de las Comisiones nacionales en vistas al Congreso abordaba algún tema de formación y de actualización sobre la misión. Fue la oportunidad para un *aggiornamento* a todo nivel.

Desde el primer momento se hicieron esfuerzos por ir publicando las memorias de los diversos encuentros así como las charlas o conferencias que expertos en los diversos ámbitos de la misión compartían, así como catequesis y temas de formación sobre la misión ad gentes.

Todo esto se hacía en función de los agentes pastorales y de las Iglesias particulares para que se expresaran como sujetos de la misión y asumieran los desafíos que las diversas situaciones concretas plantean a la misión universal de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Dos ideas cobraron fuerza a lo largo del camino sobre la misión. En primer lugar, se enfatizaba la responsabilidad de la Iglesia particular en la misión ad gentes; y en segundo lugar, se quería entender la misión, principalmente como anuncio del evangelio de la vida.

5.3. Testimonio

Se preparaba “*un Congreso*, se decía en el Plan de Trabajo al diseñar el perfil del mismo, *donde el testimonio de los cristianos y cristianas y la solidaridad de las Iglesias y pueblos del Continente, impulse la nueva evangelización y genere una espiritualidad de misión y compromiso, de testimonio*”.

Este testimonio es el primer medio de evangelización como lo enseña Pablo VI en Evangelii Nuntiandi, n. 41 “*Un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios... y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites (...) un testimonio vivido de fidelidad a Jesucristo, de pobreza y desapego de los bienes materiales, de libertad frente a los poderes del mundo, en una palabra de santidad*”.

El testimonio en relación con la santidad del misionero quedó claramente expresado en el proceso preparatorio, cuando Mons. Julio Cabrera, en el tercer Encuentro Centroamericano y Primero Continental hacia el CAM2-COMLA7, celebrado en San Salvador, El Salvador, en la última semana de noviembre del 2002, ofreció algunas “Pistas para una lectura misionera en Guatemala y Centro América de la *Novo Milenio Ineunte*”.

Al enumerar las prioridades pastorales que se señalan en ese documento pontificio puso en primer lugar la santidad: “es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este “alto grado” de la vida cristiana ordinaria. La vida entera de la comunidad eclesial y de las familias cristianas debe ir en esa dirección” (NMI, n. 30).

Nos recuerda Juan Pablo II “*que la primera forma de testimonio es la vida misma del misionero, la de la familia cristiana y de la comunidad eclesial*” (RMi. N. 42) En el mensaje que dirigió a los congresistas habló de la estrecha relación entre santidad y misión.

En la categoría de comunión se planteaba la naturaleza eclesial del Congreso, en la categoría de misión, su finalidad última, y en la categoría del testimonio, el medio privilegiado para asumir el mandato misionero de Jesús.

6. Desde los Hechos de los Apóstoles un gran movimiento misionero

Preparamos un Congreso que nos permitiera entrar en la dinámica del Espíritu del Resucitado y nos diera la posibilidad de seguir escribiendo el libro de los Hechos de los Apóstoles en las comunidades cristianas y en las Iglesias particulares del Continente.

Este libro de la obra lucana fue de profunda inspiración para el trabajo, ya que en sus páginas se plantean tres características fundamentales para el proceso evangelizador con el que deseábamos preparar el CAM2-COMLA7: primero, un intenso *movimiento misionero*; segundo, *animado por el Espíritu Santo*; y tercer, con una estructura básica que se manifiesta en las *pequeñas comunidades domésticas*¹.

En efecto, la validez y actualidad del libro de los Hechos para ese propósito, estriba en que todo él “*es un movimiento misionero desde Jerusalén hasta los confines de la tierra cuyo contenido fundamental es la Palabra de Dios*”². Las comunidades cristianas que entraron en la dinámica del Congreso rápidamente se identificaron con ese movimiento misionero y asumieron la Palabra de Dios con el fin de estudiarla y anunciarla en todos los ambientes y culturas.

De todos es conocido que Hechos es denominado el “*Evangelio del Espíritu Santo*”, por eso, en sus páginas se describe la presencia y la acción del Espíritu Santo en el mundo y todos los que se van adhiriendo a la causa de Jesús. Para los miles de misioneros que en estos años se dedicaron a la misión era importante conocer cómo el

¹ Cfr. RICHARD, Pablo, Hechos de los Apóstoles, en Comentario Bíblico Latinoamericano. Nuevo Testamento. Dirigido por Armando J. Levoratti. Verbo Divino. Navarra, España. Pp 683-4

² Ibid.



Espíritu Santo impulsaba la misión en la primeras comunidades cristianas. Ellos también debían dejarse guiar por el Espíritu para transformarse “*en testigos valientes de Cristo y preclaros anunciadores de su palabra*” (RMI, n. 67).

El libro de los Hechos tiene además, una dinámica que parte del Templo y llega a la casa, o sea a la creación de pequeñas comunidades en las que la Palabra se hace presente e ilumina la vida del creyente en su cotidianidad y en su cultura. La pequeña comunidad es el espacio donde se mantiene viva la memoria de Jesús, donde se vive la comunión y la solidaridad, donde se realiza el servicio alegre y generoso y donde se celebra la Eucaristía, memoria del Resucitado³.

Así como los momentos decisivos de Hechos se realizan en esas pequeñas comunidades domesticas que se reúnen por las casas, así también las comunidades cristianas de Centro América intensificaron una experiencia del evangelio mas comprometida y solidaria para transformar a la persona y a la sociedad.

Este gran movimiento misionero inspirado en los Hechos de los Apóstoles tiene tres características más, las cuales emergieron con mucha fuerza: primero, una amplia participación de la mujer en las tareas misioneras, imprimiéndole a la acción evangelizadora un dinamismo digno de imitar; segundo, el énfasis que se le da a la dimensión de las culturas y de la inculturación del Evangelio; y tercero, la pluralidad de ministerios, carismas y funciones en la misión de la Iglesia⁴.

7. Desde el contexto de la contracultura de la muerte, “la misión de Cristo Redentor” apremia

El Congreso no podía ser ajeno a las realidades que están amenazando la vida de los pueblos centroamericanos: extrema pobreza, corrupción pública y privada, impunidad, violencia institucionalizada, las secuelas de los conflictos armados y de los

³ Ibid.

⁴ Ibid.



regímenes militares, fragilidad en sus incipientes democracias, lacerantes situaciones de injusticia y desigualdad social, crisis de la familia, agresión de los medios de comunicación social con la propuesta de un estilo de vida materialista y hedonista, migración, etc.

Es evidente que la última palabra no la tienen esas realidades de muerte sino la vida plena y en abundancia que brota de la redención de Cristo ya que “*en el hecho de la redención está la salvación de todos, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención y con cada uno Cristo se ha unido, para siempre, por medio de este misterio*” (RMI. 4).

En el contexto de una contracultura de la muerte el Congreso se presentaba como un signo del compromiso por la vida digna de todo ser humano y por entender la misión hoy como “*anuncio del Evangelio de la Vida*”, tarea que todo el Pueblo de Dios está llamado a asumir y promover, dado que “*la urgencia de la actividad misionera brota de la radical novedad de vida, traída por Cristo y vivida por sus discípulos*” (RMI. 7).

Sin lugar a dudas, hemos tomado más conciencia durante estos cuatro años de preparación hacia el Congreso que el “*Evangelio de la Vida está en el centro del mensaje de Jesús*”, y desde allí brota la fortaleza para denunciar todo cuanto se opone al reino y luchar contra las estructuras de muerte en la sociedad. Al mismo tiempo, hemos comprendido la necesidad de acogerlo con amor cada día en el seno de toda comunidad eclesial para anunciarlo “*con intrépida fidelidad como buena noticia a los hombres de todas las épocas y culturas*” (Evangelium Vitae 1).

Varias veces se dijo, que si de los pueblos centroamericanos, en su historia reciente, habían salido al mundo noticias de horror y muerte, había llegado la hora de mostrar el rostro de un pueblo digno y trabajador que no podía “*guardar para sí las inmensas riquezas de su patrimonio cristiano*”. Era, por lo tanto, la oportunidad de anunciar noticias de vida y esperanza de un pueblo que se ha mostrado fiel a Jesucristo y a la Iglesia. Esta es la noticia que se ha de llevar al mundo entero (Cfr. Ecclesia in America, 74).



8. “Iglesia en América, tu vida es misión”, eco de la Asamblea especial del Sínodo de América

Es innegable la incidencia que tuvo la exhortación Apostólica postinodal “Ecclesia in América” en la preparación y celebración del Congreso. No sólo inspiró el lema sino se intentó trabajar en la fase preparatoria bajo el “signo de unidad de todos los pueblos del Continente” (Juan Pablo II, Mensaje al CAM2, n. 5).

Me atrevería a afirmar que la primera gran iniciativa continental que logra con bastante satisfacción esa unión entre nuestras Iglesias, después de la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos de América, ha sido el Segundo Congreso Misionero.

La influencia de Ecclesia in América, fue determinante en el espíritu y en la mentalidad con que se vivió el proceso, es decir, bajo el modelo de una Iglesia que se redescubrió “sacramento de comunión” y desde esa óptica ha querido asumir su compromiso misionero.

Otra idea clave en la vida de la misión y del misionero es la importancia determinante del encuentro personal con Jesucristo vivo como una fuerza transformadora que abre a auténticos procesos de conversión, comunión y solidaridad (Cfr. EAm. 8).

El numero 74, titulado “la misión ad gentes”, fue realmente central e importante desde el primer momento, sobre todo, cuando plantea la responsabilidad de las Iglesias particulares en la tarea misionera ad intra e ad extra.

Ese fue el numero que inspiró el objetivo principal del Congreso: “Animar la vida de las Iglesias particulares del Continente para que, desde su experiencia evangelizadora, asuman responsable y solidariamente el compromiso de la Misión ad gentes”.

De manera que el llamado a extender el impulso evangelizador más allá de las fronteras continentales era apremiante, la invitación a no guardar para sí las inmensas riquezas del patrimonio cristiano acrisolado en más de 500 años de evangelización era urgente, y llevar la Buena noticia a los alejados que todavía no la conocen era



un desafío, pues “*se trata de muchos millones de hombres y mujeres que , sin fe, padecen la más grave de las pobreza*”.

9. Un proceso para navegar en aguas profundas

Las Iglesias centroamericanas vivieron intensamente la fase preparatoria del Gran Jubileo del Año 2000, con ese mismo ánimo se lanzaron la mayoría de las Iglesias particulares a preparar el CAM2.

Novo Millenio Ineunte llegó a oxigenar el proceso hacia el CAM2. Mons. Julio Cabrera en la segunda Asamblea Nacional de Misiones de Guatemala, (septiembre del 2002) y luego en el tercer Encuentro Centroamericano y primero continental hacia el CAM2-COMLA7, celebrado en San Salvador (Noviembre 2002) hizo una lectura en clave misionera de ese documento pontificio que ha sido denominado como la **carta de navegación** que Juan Pablo II propuso a la Iglesia al comienzo del nuevo milenio para que, remando en aguas más profundas, recuerde con gratitud el pasado, viva con entusiasmo el presente y se abra con esperanza al futuro; mirándose así misma, tenga también el coraje de analizar su fervor y recuperar fuerzas para su compromiso espiritual y pastoral en el servicio a la persona y a los pueblos (NMI n. 1.3).

En esta última clave de lectura me limito a sintetizar los aspectos que Mons. Cabrera resaltó de *Novo Millenio Ineunte*.

El Congreso Misionero situaba a las Iglesias particulares de Centro América frente a “un nuevo dinamismo” que invitaba a levantar la cabeza y mirar hacia delante (n. 15) a desentumecer las piernas para el camino que hay que recorrer (n. 58) a entrarle de lleno y apasionadamente a la tarea de renovación pastoral (n. 29).

Las comunidades cristianas y sus agentes pastorales han asumido con mayor conciencia las exigencias del mandato misionero de Jesús, pues ese mandato “*nos introduce en el tercer milenio invitándonos a tener el mismo entusiasmo de los cristianos de los primeros tiempos. Para ello podemos contar con la fuerza del Espíritu Santo, que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza “que no defrauda”* (n. 58).

El valor que se le da a las Iglesias particulares es digno de resaltarse, ya que es en ellas “*donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas –objetivos y métodos de trabajo, de formación y valoración de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios- que permitan que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura*” (n. 29).

Aquí me aparto un poco de la reflexión de Mons. Cabrera para referirme solamente a aquellas prioridades pastorales que más se trabajaron, según mi punto de vista, durante la fase preparatoria.

La oración. (n. 32) Desde aquel acto mariano en la Basílica N. S. De Luján de la delegación guatemalteca presente en Paraná, hasta la oración de Juan Pablo II por el Congreso que se rezó desde el rincón más humilde del continente y en mas de 600 monasterios de vida contemplativa, pasando por la importancia que siempre se le dio en cualquier encuentro por pequeño o grande que hay sido. El papel que jugó la lectura orante de la Palabra de Dios. Las oraciones comunitarias y participativas que los animadores misioneros pusieron en práctica durante el Año Santo Misionero. De modo que la preparación del Congreso se convirtió en una autentica “escuela de oración”. Podemos afirmar que se dio prioridad “a la oración, personal y comunitaria”, respetando de esa manera “la primacía de la gracia” (n. 38).

Escucha y anuncio de la Palabra. (n. 39-40) La importancia que se dio a la Palabra ayudó, sin duda alguna a revitalizar “*la tarea de la evangelización y de la catequesis*”. Mediante la publicación de “*Anuncia la Buena Noticia*” textos de la obra de Lucas, del P. Roberto Paz se propició “*que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permita encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia*” (n.39).

Una de las características que podemos resaltar de los animadores del Año Santo Misionero fue el haberse convertido en verdaderos “servidores de la Palabra” en el compromiso de la evangelización”.

El trabajo de ellos unidos a tantos otros agentes pastorales permitió una “acción misionera” que implicó “la responsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios” (n.40).

El testimonio de los mártires de nuestra historia reciente estuvo presente en todo el camino del CAM2 animando esa “acción misionera confiada, emprendedora y creativa”. Al plantear la misión como anuncio del evangelio de la vida estaba la firme convicción de que los mártires son “una semilla de vida”. Nuestra región centroamericana en estos tiempos ha sido particularmente rica “en testigos que, de una manera u otra, han sabido vivir el Evangelio en situaciones de hostilidad y persecución, a menudo hasta dar su propia sangre como prueba suprema” (n. 41).

No estuvimos ajenos a las ***situaciones de exclusión social y extrema pobreza*** que la región centroamericana presenta ni a un llamado apremiante a la solidaridad que esas realidades demandan. De diversas maneras afrontamos las situaciones que amenazan la vida de nuestros pueblos. Esto se hizo evidente en el tercer encuentro centroamericano celebrado en San Salvador Cuando Mons. Gregorio Rosas planteó las serie de realidades que amenazan la vida de nuestros pueblos.

Asistimos a tantas “*contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana*” (n. 50).

Esa pobreza lacerante queda descubierta en su dramatismo y crueldad cuando el Vicario de Cristo se interroga y cuestiona a la vez: “*¿Cómo es posible que haya todavía... quién se muere de hambre; quién está condenado al analfabetismo; quién carece de la asistencia médica más elemental; quinén no tiene techo donde cobijarse?*”

Podemos afirmar con alegría que nuestras Iglesias particulares están ahora en la capacidad de llevar la barca, en el presente siglo, a la parte más honda del lago, y allí, en nombre de la palabra de Jesús echar las redes.

Conclusión

La Iglesia en Centro América, desde ese proceso pastoral para preparar el Segundo Congreso Americano Misionero, ha entrado en una nueva época de su larga y fecunda historia. Dicho evento eclesial marcó un hito sin precedentes, tanto en su preparación como en la celebración, lo cual indica que entramos en una nueva era que denominamos, en expresión de Juan Pablo II, ***“una gran primavera cristiana para la evangelización en la Iglesia”***.

Estos primeros años del siglo XXI, marcan el inicio de una época nueva cuyo sustrato más significativo ha sido la valiosa herencia testimonial y martirial de los mejores hijos e hijas de la Iglesia, el reconocimiento de la identidad y valores de los pueblos indígenas que van asumiendo un protagonismo más creativo en la Iglesia y en la sociedad, la activa participación de un laicado maduro y comprometido, y la profunda conciencia de la responsabilidad misionera de las comunidades cristianas.

Esta nueva era que se abre para la Iglesia centroamericana al coincidir con el inicio del nuevo milenio, nos hace ***“entrar sin miedo en las aguas profundas de la historia presente”***, como lo reconocieron los tres mil misioneros reunidos en el CAM2-COMLA7 al lanzarse al futuro bajo la consigna paulina: “¡Ay de mí sino anuncio el Evangelio!” y al comprender que la vida es misión.

Esta nueva época es la oportunidad para poner en juego, desde la pequeñez y pobreza que nos caracteriza, todas las fuerzas eclesiales al servicio de la nueva evangelización y de la Misión ad Gentes con la plena conciencia y responsabilidad que todo discípulo de Cristo y toda institución eclesial asuma el supremo deber de anunciar a Cristo a todos los pueblos.